

EUGENIO SILVELA

CERVANTES, POETA

(FLORILEGIO)

Año



1905

MADRID

IMPRESA DE LA REVISTA DE LEGISLACIÓN

Ronda de Atocha, 15, centro.

HESPERIA
LIBROS HISPANICOS
ZARAGOZA
ESPAÑA

CERVANTES, POETA

FN. 1076

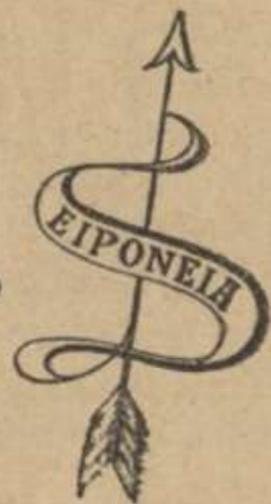


EUGENIO SILVELA

CERVANTES, POETA

(FLORILEGIO)

Año



1905

MADRID

IMPRENTA DE LA REVISTA DE LEGISLACIÓN

Ronda de Atocha, 15, centro.



CERVANTES, POETA

Cercana la celebración del tercer centenario de la publicación de la primera parte del *Quijote*, no parecerá inoportuno tributar un homenaje á Cervantes, en su calidad de altísimo poeta, que la común opinión le niega ó regatea.

Temerosas señales en Madrid y provincias nos amenazan de continuo con que el Príncipe de los Ingenios españoles será, tanto por el Estado como por los particulares, de infinitas maneras ofendido.

Sírvale de desagravio esta antología de las más exquisitas flores de su Parnaso, acompañada de ligeros comentarios.

¿De qué procede la equivocada opinión de que Cervantes no era poeta?

Acaso se dió más importancia de la debida á la

confesión del propio Ingenio, que en el *Viaje del Parnaso* decía:

«Yo, que siempre trabajo y me desvelo
por parecer que tengo de poeta
la gracia que no quiso darme el cielo»;

y más adelante:

«Que yo soy un poeta de esta hechura:
cisne en las canas, y en la voz un ronco
y negro cuervo, sin que el tiempo pueda
desbastar de mi ingenio el duro tronco.»

No era sincero Cervantes cuando escribía tales vituperios de su musa.

Tenía plena conciencia de su valer; pero reflejaba con honda melancolía el juicio de sus contemporáneos, que aplaudieron el *Quijote* y no le contaron nunca en el número de los poetas que honraron aquella edad tan gloriosa para las letras castellanas.

En el prólogo de sus comedias, posterior al *Viaje del Parnaso*, se lamentaba de que las tenía arrinconadas en un cofre y condenadas al perpetuo silencio, y añadía: «En esta sazón me dijo un librero que él me las comprara, si un autor de título no le hubiera dicho que de mi prosa se podía esperar mucho, pero que del verso nada; y si va á decir la verdad, cierto que me dió pesadumbre el oírlo, y dije entre mí: «*O yo me he mudado en otro, ó los tiempos se han mejorado mucho*»; sucediendo

siempre al revés, pues siempre se alaban los pasados tiempos».

Pesadumbre le daba á Cervantes oír que nada podía esperarse de sus versos, y explicaba irónicamente tal menosprecio con su mudanza ó la mejora de los tiempos.

Perjudicóle la imposible competencia con Lope de Vega, *monstruo de naturaleza, que se alzó con la monarquía cómica, y puso debajo de su jurisdicción á todos los farsantes*, y quizás, en tiempos muy cercanos á nosotros, la implacable saña con que Clemencín, el más ilustre de los comentadores del *Quijote*, no desaprovechó ocasión para afirmar que Cervantes fué infelicitísimo en los versos.

Los críticos y el común de los lectores, absortos en la contemplación de las inmortales páginas del *Ingenioso Hidalgo*, desdeñaron las obras menores de Cervantes y pasaron por los versos con prisa ó con enojo.

Además cumpliése, en daño de Cervantes, aquella ley general, que con inimitable gracejo explica D. Juan Valera en la introducción á las *Odas, epístolas y tragedias*, de D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

«El crédito que una persona adquiere de hábil en cualquiera oficio—escribe Valera—, suele estorbar, y á veces hace imposible que la celebren ó aplaudan por otra habilidad, aptitud ó merecimiento. El linaje humano es harto económico de

alabanzas. Concedemos, por ejemplo, que alguien es buen mozo, y al instante nos sentimos inclinados á poner un *pero* ó varios *peros*, á fin de atenuar la concesión. Es buen mozo—decimos—; pero es presumido, es soso, es muy sin gracia. Tal general es bizarro; pero, si no le cabe en la cabeza un escuadrón de caballería, ¿qué quiere usted que haga?... Doña Luisa es lindísima y elegante; pero, ¿es tan remilgada, tan fastidiosa, tan incapaz de sacramento!... Pedro tira bien á la pistola y al florete, monta á caballo como pocos y valsa á las mil maravillas; pero, ¿si rebuzna en vez de hablar!... Diego habla elocuentísimamente en público; pero es calamitoso cuando escribe. Juan es un primor escribiendo; pero no se le puede aguantar hablando. Francisco sabe mucho de poesía, compone versos preciosos; pero, ¿cómo quiere usted que cumpla con su obligación en la oficina? ¿Qué ha de entender de Hacienda un poeta?

»Quien discurre de esta suerte logra limitar las facultades de todos, á fin de que nadie sobresalga demasiado, y en varias cosas á la vez.»

Solamente D. Adolfo de Castro, que yo sepa, ha escrito, defendiendo la causa de Cervantes como poeta. En el prólogo de los líricos de los siglos XVI y XVII, de la colección de Rivadeneyra, copió algunos versos del famoso Ingenio, sacando los ejemplos, principalmente de las comedias, y ponderó la gallardía de algunos romances, la encantadora sencillez de algunas canciones, la facilidad que enamora en letrillas y romances cortos, comparables á los de Góngora; la facilidad, dulzura, sen-

cillez y elegancia de pasajes poéticos, que compiten con los de Lope de Vega; la riqueza en galas poéticas, que tanto se encuentra en algunas de las comedias de Mirademesca, y la robusta entonación épica de algunos trozos de la Numancia. Quedaron fuera del elogio de Castro, sin duda porque trató el asunto de soslayo, las más preciadas joyas, que una crítica inspirada en la justicia y el buen gusto debe engarzar en la corona poética de Cervantes.

El presente ensayo, ajeno de toda presunción erudita, va encaminado á presentar, reunidas, perlas poéticas de Cervantes, muchas de las cuales yacen en olvido ó menosprecio entre las páginas de su prosa.

Ante todo, conviene notar que Cervantes tenía en el entendimiento y en la memoria los versos del dulcísimo Garcilaso, cuya inmortal frescura no han marchitado los siglos, y que debió á tan excelente modelo gran parte de sus primeros poéticos, aunque hubo momentos en que remontó el vuelo á alturas adonde no llegó nunca el tierno cantor de

«el dulce lamentar de dos pastores».

A costa de escaso trabajo pudieran multiplicarse los ejemplos.

Citaré sólo algunos.

En la *Galatea* tropezamos con

«Oh, más dura que mármol á mis quejas».

con que terminan las cuatro estrofas de una canción, y con

«Estoy muriendo y aun la vida temo»,

y

«Saldrá con la doliente ánima fuera».

En el *Quijote*, la invocación que hace el enamorado caballero, penitente en Sierra Morena, á los rústicos Dioses y á las Napeas y Driadas, recuerda la de Albanio en la segunda égloga de Garcilaso.

En el desencanto de Altisidora, «un hermoso mancebo, vestido á lo romano, al son de un arpa, que él mismo tocaba, cantó con suavisima y clara voz dos estancias», y la segunda de ellas, que empieza

*«Y aun no se me figura que me toca
aqueste oficio solamente en vida»...*

está sacada al pie de la letra de la égloga 3.^a de Garcilaso, como manifiesta en el capítulo siguiente D. Quijote al mismo cantor, á quien pregunta: *¿Qué tienen que ver las coplas de Garcilaso con la muerte de esta señora?*

El propio D. Quijote, platicando con su sobrina, cita «como del gran poeta castellano nuestro», aquellos conocidos versos:

*«Por estas asperezas se camina
de la inmortalidad al alto asiento
do nunca arriba quien de allí declina»;*

y al verse delante de las tobosescas tinajas acuden á su memoria las:

*«¡Oh, dulces prendas por mi mal halladas,
dulces y alegres cuando Dios quería!»*

Yendo á ver á su señora, porfia D. Quijote con el socarrón de Sancho, en que no era posible que aechase trigo Dulcinea, *siendo eso un menester y ejercicio que va desviado de todo lo que hacen y deben hacer las personas principales, que están constituidas y guardadas para otros ejercicios y entretenimientos que muestran á tiro de ballesta su principalidad*, y añade: «Mal se te acuerdan á tí, ¡oh Sancho!, aquellos versos de nuestro poeta, donde nos pinta las labores que hacían allá en sus moradas de cristal aquellas cuatro ninfas que del Tajo amado sacaron las cabezas, y se sentaron á labrar en el prado verde aquellas ricas telas que allí el ingenioso poeta nos describe, que todas eran de oro sirgo y perlas contextas y tejidas».

Alusión clarísima á la égloga 3.^a

Cuando por industria de Sancho miró el Ingenioso Hidalgo encantada á Dulcinea y convertida en aldeana, dice tristemente: «Ya veo que la fortuna, *de mi mal no harta*, tiene tomados los caminos todos por donde pueda venir algún contento á esta ánima mezquina que tengo en las carnes», recordando versos de las églogas 1.^a y 3.^a

La desenvuelta Altisidora, al mostrarse de bur-

las herida por los amores y desdenes del honesto y comedido hidalgo, le dice: «Dos días há que por la consideración del rigor con que me has tratado,

«¡Oh, más duro que mármol á mis quejas!»,

empedernido caballero, he estado muerta, ó á lo menos juzgada por tal de los que me han visto».

En una canción á los éxtasis de la beata Madre Teresa de Jesús, introduce los tres versos que dicen:

*«Tú que ganaste obrando
un nombre en todo el mundo
y un grado sin segundo»*,

que escribió Garcilaso en su égloga 1.^a, dedicada á D. Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, Virrey de Nápoles.

En el *Pérsiles* se repite el

«salga con la doliente ánima fuera»:

que también se encuentra en la canción de Grisóstomo, y en la comedia titulada *La gran Sultana* se encuentran convertidos en redondilla los endecasílabos más populares de Garcilaso, por encerrar una eterna verdad:

*«Y aunque del cercado ajeno
es la fruta más sabrosa
que del propio (extraña cosa),
por lo que es tan mío peno.»*

Y empezando la reseña de los versos buenos de Cervantes por lo más conocido, tropiezo con la canción de Grisóstomo, donde se hallan estrofas tan rotundas y numerosas como las siguientes:

*«Ya que quieres, cruel, que se publique
de lengua en lengua y de una en otra gente
del áspero rigor tuyo la esfuerza,
haré que el mesmo infierno comunique
al triste pecho mío un son doliente
con que el uso común de mi voz tuerza;
y al par de mi deseo, que se esfuerza
á decir mi dolor y tus hazañas,
de la espantable voz irá el acento,
y en él mezclados, por mayor tormento,
pedazos de las miseras entrañas.»*

.....
*«De tanta confusión, no las arenas
del padre Tajo oirán los tristes ecos,
ni del famoso Betis las olivas;
que allá se esparcirán mis duras penas
en altos riscos y en profundos huecos,
con muerta lengua y con palabras vivas;
ó ya en oscuros valles, ó en esquivas
playas, desnudas de contrato humano,
ó adonde el sol jamás mostró su lumbre,
ó entre la venenosa muchedumbre
de fieras que alimenta el libio llano;
que, puesto que en los páramos desiertos
los ecos roncros de mi mal inciertos
suenen con tu rigor tan sin segundo,
por privilegio de mis cortos hados
serán llevados por el ancho mundo.»*
.....

«Yo muero en fin; y porque nunca espere
buen suceso en la muerte ni en la vida,
pertinaz estaré en mi fantasía.
Diré que va acertado el que bien quiere,
y que es más libre el alma más rendida
á la de amor antigua tiranía;
diré que la enemiga siempre mía
hermosa el alma como el cuerpo tiene,
y que su olvido de mi culpa nace,
y que, en fe de los males que nos hace,
amor su imperio en justa paz mantiene;
y con esta opinión y un duro lazo,
acelerando el miserable plazo
á que me han conducido sus desdenes,
ofreceré á los vientos cuerpo y alma,
sin lauro ó palma de futuros bienes.»

Las coplas á Dulcinea, una de las finezas de enamorado que hizo D. Quijote en Sierra Morena, imitando á Amadis cuando, desdeñado de su señora Oriana, se retiró á la «Peña Pobre», son donosa burla de las glosas tan comunes en aquella época, y no merecen el comentario severo de Clemencín:

«Arboles, yerbas y plantas
que en aqueste sitio estáis,
tan altos, verdes y tantas,
si de mi mal no os holgáis,
escuchad mis quejas santas.

Mi dolor no os alborote,
aunque el más terrible sea;
pues, por pagaros escote,

aquí lloró Don Quijote
ausencias de Dulcinea
del Toboso.

Es aquí el lugar adonde
el amador más leal
de su señora se esconde,
y ha venido á tanto mal
sin saber cómo ó por dónde.

Tráele amor al estricote,
que es de muy mala ralea;
y así, hasta henchir un pipote,
aquí lloró Don Quijote
ausencias de Dulcinea
del Toboso.

Buscando las aventuras
por entre las duras peñas,
maldiciendo entrañas duras
(que entre riscos y entre breñas
halla el triste desventuras),
hirióle amor con su azote,
no con su blanda correa;
y en tocándole al cogote,
aquí lloró Don Quijote
ausencias de Dulcinea
del Toboso.»

Quien no tenga cerrados los oídos al dulce halago del ritmo y la rima, se deleitará con las lindísimas estancias que cantaba á Doña Clara el enamorado D. Luis:

«Dulce esperanza mía,
que, rompiendo imposibles y malezas,
sigues firme la vía

que tú mesma te finges y aderezas,
no te desmaye el verte
á cada paso junto al de tu muerte.

No alcanzan perezosos
honrados triunfos ni vitoria alguna,
ni pueden ser dichosos
los que, no contrastando á la fortuna,
entregan desvalidos
al ocio blando todos los sentidos.

Que amor sus glorias venda
caras, es gran razón y es trato justo;
pues no hay más rica prenda
que la que se quilata por su gusto,
y es cosa manifiesta
que no es de estima lo que poco cuesta.

Amorosas porfias
tal vez alcanzan imposibles cosas;
y así, aunque con las mías
sigo de amor las más dificultosas,
no por eso recelo
de no alcanzar desde la tierra el cielo.»

El romance que Altisidora, siguiendo el humor de los duques, canta al son del arpa delante de la ventana de D. Quijote, no desmerece de lo mejor que produjo la musa picaresca:

«¡Oh tú que estás en tu lecho
entre sábanas de holanda,
durmiendo á pierna tendida
de la noche á la mañana,
caballero el más valiente
que ha producido la Mancha,
más honesto y más bendito

que el oro fino de Arabia!
Oye á una triste doncella,
bien crecida y mal lograda,
que en la luz de tus dos soles
se siente abrasar el alma.
Tú buscas tus aventuras,
y ajenas desdichas hallas;
das las heridas, y niegas
el remedio de sanarlas.
Dime, valeroso joven,
que Dios prospere tus ansias,
si te criaste en la Libia
ó en las montañas de Jaca;
si sierpes te dieron leche,
si á dicha fueron tus amas
la aspereza de las selvas
y el horror de las montañas.
Muy bien puede Dulcinea,
doncella rolliza y sana,
preciarse de que ha rendido
á una tigre fiera y brava.
Por esto será famosa
desde Henares á Jarama,
desde el Tajo á Manzanares,
desde Pisuerga hasta Arlanza.
Trocárame yo por ella,
y diera encima una saya
de las más gayadas mías,
que de oro la adornan franjas.
¡Oh quién se viera en tus brazos,
ó si no, junto á tu cama,
rascándote la cabeza
y matándote la caspa!
Mucho pido, y no soy digna
de merced tan señalada;

los pies quisiera raerte,
que á una humilde esto le basta.
¡Oh qué de cofias te diera,
qué de escarpines de plata,
qué de calzas de damasco,
qué de herreruelos de holanda!
¡Qué de finísimas perlas,
cada cual como una agalla,
que, á no tener compañeras,
las Solas fueran llamadas!
No mires de tu Tarpeya
este incendio que me abrasa,
Nerón manchego del mundo,
ni le avives con tu saña.
Niña soy, pulcela tierna,
mi edad de quince no pasa,
catorce tengo y tres meses,
te juro en Dios y en mi ánima.
No soy renca ni soy coja,
ni tengo nada de manca;
los cabellos como el oro,
que, en pie, por el suelo arrastran.
Y aunque es mi boca aguileña
y la nariz algo chata,
ser mis dientes de topacios
mi belleza al cielo ensalza.
Mi voz, ya ves, si me escuchas,
que á la que es más dulce iguala,
y soy de disposición
algo menos que mediana.
Estas y otras gracias mías
son despojos de tu aljaba;
desta casa soy doncella,
y Altisidora me llaman.»

Y aumenta su donaire el enojo del requerido caballero, el cual, dando un gran suspiro, dijo entre sí:

«¡Que tengo de ser tan desdichado andante, que no ha de haber doncella que me mire, que de mí no se enamore! ¡Que tenga de ser tan corta de ventura la sin par Dulcinea del Toboso, que no la han de dejar á solas gozar de la incomparable firmeza mía! ¿Qué la queréis, reinas? ¿A qué la perseguís, emperatrices? ¿Para qué la acosáis, doncellas de catorce á quince años? Dejad, dejad á la miserable que triunfe, se goce y ufane con la suerte que amor quiso darle en rendirle mi corazón y entregarle mi alma. Mirad, caterva enamorada, que para sola Dulcinea soy de masa y de alfeñique, y para todas las demás soy de pedernal; para ella soy miel, y para vosotras acíbar. Para mí, sola Dulcinea es la hermosa, la discreta, la honesta, la gallarda y la bien nacida; y las demás las feas, las necias, las livianas y las de peor linaje. Para ser yo suyo, y no de otra alguna, me arrojó la naturaleza al mundo: llore ó cante Altisidora, desespérese Madama, por quien me aporrearon en el castillo del moro encantado; que yo tengo de ser de Dulcinea, cocido ó asado, limpio, bien criado y honesto, á pesar de todas las potestades hechiceras de la tierra.»

Más adelante, el Ingenioso Hidalgo canta al son de la vihuela, y para curar á Altisidora de sus amores, el siguiente romance:

«Suelen las fuerzas de amor
sacar de quicio á las almas,

tomando por instrumento
la ociosidad descuidada.
Suele el coser y labrar,
y el estar siempre ocupada,
ser antídoto al veneno
de las amorosas ansias.
Las doncellas recogidas,
que aspiran á ser casadas...
la honestidad es su dote
y voz de sus alabanzas..
Los andantes caballeros
y los que en la corte andan,
requiébranse con las libres,
con las honestas se casan.
Hay amores de levante,
que entre huéspedes se tratan,
que llegan presto al poniente,
porque en el partir se acaban.
El amor recién venido,
que hoy llegó, y se va mañana,
las imágenes no deja
bien impresas en el alma.
Pintura sobre pintura
ni se muestra ni señala,
y do hay primera belleza,
la segunda no hace baza.
Dulcinea del Toboso
del alma en la tabla rasa
tengo pintada de modo,
que es imposible borrarla.
La firmeza en los amantes
es la parte más preciada,
por quien hace amor milagros,
y hasta el cielo los levanta.»

Las imprecaciones de Altisidora al despedirse
D. Quijote de los duques, son un gallardísimo
romance, que recuerda los celebrados del cerco
de Zamora, con los exagerados vituperios del reto
de D. Diego Ordóñez de Lara, y aumenta su
fuerza cómica el estribillo en que aparecen juntos
el cruel Bireno, del Orlando furioso, Eneas y Ba-
rrabás:

«Escucha, mal caballero,
detén un poco las riendas,
no fatigues las ijadas
de tu mal regida bestia.

Mira, falso, que no huyes
de alguna serpiente fiera,
sino de una corderilla,
que está muy lejos de oveja.

Tú has burlado, monstruo horrendo,
la más hermosa doncella
que Diana vió en sus montes,
que Venus miró en sus selvas.

*Cruel Bireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompaña, allá te avengas.*

Tú llevas ¡llevar impío!
en las garras de tus cerras
las entrañas de una humilde,
como enamorada, tierna.

Llévaste tres tocadores
y unas ligas (de unas piernas
que al mármol puro se igualan,
en lisas) blancas y negras.

Llévaste dos mil suspiros,
que, á ser de fuego, pudieran

abrasar á dos mil Troyas,
si dos mil Troyas hubiera.

*Cruel Bireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas.*

De ese Sancho, tu escudero,
las entrañas sean tan tercas
y tan duras, que no salga
de su encanto Dulcinea.

De la culpa que tú tienes
lleve la triste la pena;
que justos por pecadores
tal vez pagan en mi tierra.

Tus más finas aventuras
en desventuras se vuelvan,
en sueños tus pasatiempos,
en olvidos tus firmezas.

*Cruel Bireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas.*

Seas tenido por falso
desde Sevilla á Marchena,
desde Granada hasta Loja,
de Londres á Inglaterra.

Si jugares al reinado,
los cientos ó la primera,
los reyes huyan de ti,
ases ni sietes no veas.

Si te cortares los callos,
sangre las heridas viertan,
y quédente los raigones
si te sacares las muelas.

*Cruel Bireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas.*

En la *Gitanilla* canta Preciosa un romance, que
nada tiene que envidiar en facilidad, donaire y
picardía á los más encarecidos:

«Hermosita, hermosa,
la de las manos de plata,
más te quiere tu marido
que el Rey de las Alpujarras.

Eres paloma sin hiel,
pero á veces eres brava
como leona de Orán,
ó como tigre de Ocaña.

Pero en un tras, en un tris,
el enojo se te pasa,
y quedas como alfeñique,
ó como cordera mansa.

Riñes mucho, y comes poco;
algo celosita andas,
que es juguetón el Tiniente,
y quiere arrimar la vara.

Cuando doncella te quiso
uno de una buena cara:
*Que mal hayan los terceros
que los gustos desbaratan.*

Si á dicha tú fueras monja,
hoy tu convento mandarás,
porque tienes de abadesa
más de cuatrocientas rayas.

No te lo quiero decir;
pero poco importa, vaya:
enviudarás otra vez,
y otras dos serás casada.

No llores, señora mía,
que no siempre las gitanas

decimos el Evangelio;
no llores, señora, acaba.

Como te mueras primero
que el señor Tiniente, basta
para remediar el daño
de la vindez que amenaza.

Has de heredar, y muy presto,
hacienda en mucha abundancia;
tendrás un hijo canónigo,
la iglesia no se señala;

de Toledo no es posible.
Una hija rubia y blanca
tendrás, que si es religiosa,
también vendrá á ser perlada.

Si tu esposo no se muere
dentro de cuatro semanas,
verásle corregidor
de Burgos ó Salamanca.

Un lunar tienes, ¡qué lindo!
¡Ay, Jesus, qué luna clara!
¡Qué sol, que allá en las Antípodas
oscuros valles aclara!

Más de dos ciegos, por verle,
dieran más de cuatro blancas:
ahora si es la risica;
¡ay, que bien haya esa gracia!

*Guárdate de las caídas,
principalmente de espaldas,
que suelen ser peligrosas
en las principales damas.*

Cosas hay más que decirte;
si para el viernes me aguardas
las oírás, que son de gusto,
y algunas hay de desgracias.»

A nadie se ocultará el gracejo de este romance,
y especialmente el que encierran los versos sub-
rayados, cuya aplicación es ahora tan oportuna
como en el siglo XVII, y no hay señales de que la
pierda en los venideros.

En *La Ilustre Fregona* canta Lope, el Asturiano:

«Salga la hermosa Argüello
moza, una vez y no más,
y haciendo una reverencia
dé dos pasos hacia atrás.

De la mano la arrebate
el que llaman Barrabás,
andaluz mozo de mulas,
canónigo del compás.

De las dos mozas gallegas
que en esta posada están,
salga la más carigorda
en cuerpo, y sin devantal.

Engarráfela Torote,
y todos cuatro á la par,
con mudanzas y meneos
den principio á un contrapás.»

Interrumpe Cervantes el romance con este sa-
broso comentario:

«Todo lo que iba cantando el Asturiano hicie-
ron al pie de la letra ellos y ellas, mas cuando
llegó á decir que diesen principio á un contrapás,
respondió Barrabás, que así le llamaban por mal
nombre al bailarín mozo de mulas: hermano mú-
sico, mire lo que canta, y no moteje á nadie de
mal vestido, porque aquí no hay naide con trapos,
y cada uno se viste como Dios le ayuda. El hués-

ped, que oyó la ignorancia del mozo, le dijo: hermano mozo, contrapás es un baile extranjero, y no motejo de mal vestidos. Si eso es, replicó el mozo, no hay para qué nos metan en dibujos: toquen sus zarabandas, chaconas, y folías al uso, y escudillen como quisieren, que aquí hay personas que le sabrán llenar las medidas hasta el gollete. El Asturiano, sin replicar palabra, prosiguió su canto, diciendo:

Entren pues todas las ninfas
y los ninfos que han de entrar;
que el baile de la Chacona
es más ancho que la mar.

Requieran las castañetas,
y bájense á refregar
las manos por esa arena,
ó tierra del muladar.

Todos lo han hecho muy bien,
no tengo que les retar;
santigüense, y den al diablo
dos higas de su higueral.

Escupan al hideputa,
porque nos deje holgar,
puesto que de la Chacona
nunca se suele apartar.

Cambio el son, divina Argüello,
más bella que un hospital,
pues eres mi nueva musa,
tu favor me quieres dar.

*El baile de la Chacona
encierra la vida bona.*

Hállase allí el ejercicio
que la salud acomoda,
sacudiendo de los miembros
á la pereza poltrona.

Bulle la risa en el pecho
de quien baila y de quien toca,
del que mira y del que escucha
baile y música sonora.

Vierten azogue los pies,
derrítense la persona,
y con gusto de sus dueños
las mulillas se descorchan.

El brio y la ligereza
en los viejos se remoja,
y en los mancebos se ensalza
y sobre modo se entona.

*El brio de la Chacona
encierra la vida bona.*

¡Qué de veces ha intentado
aquesta noble señora
con la alegre zarabanda,
el *Pésame* y *Perra mora*,
entrarse por los resquicios
de las casas religiosas
á inquietar la honestidad
que en las santas celdas mora!

¡Cuántas fué vituperada
de los mismos que la adoran!
porque imagina el lascivo,
y al que es necio se le antoja
que *el baile de la Chacona*
encierra la vida bona.

Esta indiana amulatada
de quien la fama pregona
que ha hecho más sacrilegios
é insultos, que hizo Aroba;

ésta, á quien es tributaria
la turba de las fregonas,
la caterva de los pajes

y de lacayos las tropas,
dice, jura, y no revienta,
que á pesar de la persona
del soberbio zambapalo,
ella es la flor de la olla;
y que sola la Chacona
encierra la vida bna.»

Con dificultad se hallará algo mejor en las jácaras de Quevedo.

En el ambiente poético de la *Galatea*, obra de la juventud de Cervantes, en la que, según opinión acreditada, celebró con aquel nombre á Doña Catalina de Palacios, con quien más adelante contrajo matrimonio, y se figuró él mismo con el del pastor Elicio, brotaron flores de exquisita fragancia, que no hubiera desdeñado por sayas Garcilaso.

Así canta Elicio:

«Rendido á un amoroso pensamiento,
con mi dolor contento,
sin esperar más gloria,
sigo la que persigue mi memoria,
porque contino en ella se presenta
de los lazos de amor libre y exenta.

Con los ojos del alma aun no es posible
ver el rostro apacible
de la enemiga mía,
gloria y honor de cuanto el cielo cría,
y los del cuerpo quedan sólo en vella
ciegos, por haber visto el sol en ella.

¡Oh dura servidumbre, aunque gustosa!
¡oh mano poderosa

amor que así pudiste
quitarme, ingrato, el bien que prometiste
de hacerme, cuando libre me burlaba
de ti, del arco tuyo y de tu aljaba!

¡Cuánta belleza, cuánta blanca mano
me mostraste tirano!

¡cuánto te fatigaste
primero que á mi cuello el lazo echaste!
Y aun quedaras vencido en la pelea,
si no hubiera en el mundo Galatea.

Ella fué sola la que sola pudo
rendir al golpe crudo
el corazon exento,
y avasallar el libre pensamiento;
el cual, si á su querer no se rindiera,
por de mármol ó acero le tuviera.

¿Qué libertad puede mostrar su fuero
ante el rostro severo
y más que el sol hermoso
de la que turba y causa mi reposo?

¡Ay rostro, que en el suelo
descubre cuanto bien encierra el cielo!

¿Cómo pudo juntar naturaleza
tal rigor y aspereza
con tanta hermosura,
tanto valor y condición tan dura?

Mas mi dicha consiente
en mi daño juntar lo diferente

Esle tan fácil á mi corta suerte
ver con la amarga muerte
junta la dulce vida,
y estar su mal á do su bien anida,
que entre contrarios veo
que mengua la esperanza y no el deseo.»

.....

Las quintillas en loor de la hermosura de Nisida
son dignas de Gil Polo:

«Nisida, con quien el cielo
tan liberal se ha mostrado,
que en daros á vos, dió al suelo
una imagen y traslado
de cuanto encubre su velo:

si él no tuvo más que os dar,
ni vos más que desear,
con facilidad se entiende
que lo imposible pretende
quien os pretende loar.

De esa beldad peregrina
la perfección soberana
que al cielo nos encamina,
pues no es posible la humana
cante la lengua divina:

y diga: «Bien sé conviene,
que el alma que en sí contiene
ser tan alto y milagroso,
se le diese el velo hermoso
más que el mundo tuvo ó tiene».

«Tomó del sol los cabellos,
del sesgo cielo la frente,
la luz de los ojos bellos
de la estrella más luciente,
que ya no da luz ante ellos:

como quien puede y se atreve,
á la grana y á la nieve
robó las colores bellas,
que lo más perfeto dellas
á tus mejillas se debe.»

«De marfil y de coral
formó los dientes y labios,

do sale rico caudal
de agudos dichos y sabios,
y armonía celestial:

de duro mármol ha hecho
el blanco y hermoso pecho,
y de tal obra ha quedado
tanto el suelo mejorado,
cuanto el cielo satisfecho.»

.....

El canto de Mireno, afligido de la ingratitude de
Silveria, que se casaba con Daranio, recuerda el
dulce lamentar de Salicio, quejoso del desamor de
Galatea:

«¡Cielo sereno, que con tantos ojos
los dulces amorosos hurtos miras,
y con tu curso alegras, ó entristeces
á aquel que en tu silencio sus enojos
á quien los causa diz ó al que retiras
de gusto tal, y espacio no le ofreces!,
si acaso no careces
de tu benignidad para conmigo,
pues ya con sólo hablar me satisfago
y sabéis cuanto hago,
no es mucho que ahora escuches lo que digo;
que mi voz lastimera
saldrá con la doliente ánima afuera.

Ya mi cansada voz, ya mis lamentos
bien poco ofenderán al aire vano,
pues á término tal soy reducido,
que ofrece amor á los airados vientos
mis esperanzas, y en ajena mano
ha puesto el bien que tuvo merecido.
Será el fruto cogido

que sembró mi amoroso pensamiento,
 y regaron mis lágrimas cansadas
 por las afortunadas
 manos, á quien faltó merecimiento
 y sobró la ventura,
 que allana lo difícil y asegura.

Pues el que ve su gloria convertida
 en tan amarga dolorosa pena,
 y tornado su bien en mal contino,
 ¿por qué no acaba la enojosa vida?
 ¿Por qué no rompe la vital cadena
 contra todas las fuerzas del destino?
 Poco á poco camino
 al dulce trance de la amarga muerte,
 y así, atrevido aunque cansado brazo,
 sufrid el embarazo
 del vivir, pues ensalza nuestra suerte
 saber que á amor le place,
 que el dolor haga lo que el hierro hace.»

.....

¡Ay bien único y solo al alma mía,
 sol que mi tempestad aserenaste,
 término del valor que se desea!
 ¿Será posible que se llega el día
 donde he de conocer que me olvidaste
 y que permita amor que yo le vea?
 Primero que esto sea,
 primero que tu blanco hermoso cuello
 esté de ajenos brazos rodeado,
 primero que el dorado,
 oro es mejor decir de tu cabello,
 á Daranio enriquezca,
 con fenecer mi vida el mal fenezca.

.....

En ti pensaba yo que se rompiera
 esta ley del avaro amor usada,
 pastora, y que los ojos levantarás
 á un alma de la tuya prisionera,
 y á tu propio querer tan ajustada,
 que si la conocieras la estimaras:
 pensé que no trocaras
 una fe que dió muestras de tan buena,
 por una que quilata sus deseos
 con los vanos arreos
 de la riqueza de cuidados llena:
 entregáste al oro
 por entregarme á mi contino al lloro.

Abatida pobreza, causadora
 deste dolor que me atormenta el alma,
 aquel te loa que jamás te mira:
 turbose en ver tu rostro mi pastora;
 á su amor tu aspereza puso en calma,
 y así por no encontrarte el pie retira.
 Mal contigo se aspira
 á conseguir intentos amorosos;
 tú derribas las altas esperanzas,
 y siembras mil mudanzas
 en mujeriles pechos codiciosos;
 tú jamas perfeccionas
 con amor el valor de las personas.»

.....

Por último, copiaré de la *Galatea*, como muestra de poesía de sano realismo y de maleante gracejo, los versos que canta el anciano Arsindo celebrando unas bodas:

«Haga señales el cielo
 de regocijo y contento

en tan venturoso día:
celébrese en todo el suelo
este alegre casamiento
con general alegría:
cámbiese de hoy más el llanto
en suave y dulce canto,
y en lugar de los pesares
vengan gustos á millares,
que destierren el quebranto.

Todo el bien suceda en colmo
entre desposados tales,
tan para en uno nascidos:
peras les ofrezca el olmo,
cerezas los carrascales,
guindas los mirtos floridos;
hallen perlas en los riscos,
uvas les den los lentiscos,
manzanas los algarrobos,
y sin temor de los lobos
ensanchen más sus apriscos.

Y sus machorras ovejas
vengan á ser parideras,
con que doblen su ganancia:
las solícitas abejas
en los surcos de sus eras
hagan miel en abundancia:
logren siempre su semilla
en el campo y en la villa
cogida á tiempo y sazón:
no entre en sus viñas pulgón,
ni en su trigo la neguilla.

Y dos hijos presto tengan
tan hechos en paz y amor,
cuanto pueden desear:
y en siendo crecidos vengan

á ser el uno doctor,
y otro cura del lugar:
sean siempre los primeros
en virtudes y en dineros;
que sí serán, y aun señores,
si no salen fiadores
de agudos alcabaleros.

Más años que Sarra vivan
con salud tan confirmada,
que dello pese al doctor,
y ningún pesar resciban
ni por hija mal casada,
ni por hijo jugador;
y cuando los dos estén
viejos cual Matusalén,
mueran sin temor de daño,
y háganles su cabo de año
por siempre jamás amén.»

.....

En el *Viaje del Parnaso*, composición de enfa-
dosa lectura, especialmente en la parte que dedica
al elogio de los poetas contemporáneos, acertó Cer-
vantes á cantar á la Poesía en magníficos tercetos:

«Ella abre los secretos y los cierra,
toca y apunta de cualquiera ciencia
la superficie y lo mejor que encierra.

Mira con más ahinco su presencia;
verás cifrada en ella la abundancia
de lo que en bueno tiene la excelencia.

Moran con ella en una misma estancia
la divina y moral filosofía,
el estilo más puro y la elegancia.

Puede pintar en la mitad del día
la noche, y en la noche más oscura
el alba bella que las perlas cría.

El curso de los ríos apresura,
y le detiene; el pecho á furia incita,
y le reduce luego á más blandura.

Por mitad del rigor se precipita
de las lucientes armas contrapuestas,
y da vitorias, y vitorias quita.

Verás cómo le prestan las florestas
sus sombras y sus cantos los pastores,
el mal sus lutos y el placer sus fiestas,
perlas el Sur, Sabea sus olores,
el oro Tíbar, Híbla su dulzura,
galas Milán y Lusitania amores.

En fin, ella es la cifra, do se apura
lo provechoso, honesto y deleitable,
partes con quien se aumenta la ventura.

Es de ingenio tan vivo y admirable,
que á veces toca en puntos que suspenden,
por tener no sé qué de inexcrutable.

Alábanse los buenos, y se ofenden
los malos con su voz, y destos tales
unos la adoran, otros no la entienden.

Son sus obras heroicas inmortales,
las líricas süaves, de manera
que vuelven en divinas las mortales.

Si alguna vez se muestra lisonjera,
es con tanta elegancia y artificio,
que no castigo, sino premio espera.

Gloria de la virtud, pena del vicio
son sus acciones, dando al mundo en ellas
de su alto ingenio y su bondad indicio.»

Adorna innumerables poéticas, y por eso puede
excusarse la copia del famoso soneto

«honra principal de sus escritos»,

que compuso al túmulo del Rey Felipe II en Se-
villa.

En cambio, es menos conocido, y merece serlo
más, el soneto «A la entrada del duque de Me-
dina en Cádiz, y en Julio de 1596».

Es sátira vengadora de la flojedad y desidia que
mostró D. Alfonso Pérez de Guzmán, duque de
Medina-Sidonia, en el socorro de Cádiz, saquea-
da, en 20 de Junio de aquel año, por el famoso
conde de Essex, favorito de Isabel de Inglaterra.

La desgracia, que empezaba entonces á mos-
trarnos sus rigores, hirió de muerte á D. Alvaro
de Bazán, marqués de Santa Cruz, cuando se dis-
ponía á dirigir la que se llamó Invencible Arma-
da. Sucedióle, en malhora, en el mando el duque
de Medina-Sidonia, de ilustre prosapia y riqueza,
pero de notoria impericia en las artes de la nave-
gación y la guerra. Perdióse miserablemente la
Armada en 1588, desaprovechando la ocasión de
aniquilar á la inglesa en el puerto de Plymouth,
y pasados algunos años, aquel infeliz caudillo, á
quien seguían confiándose mandos militares, dejó
que el conde de Essex, á todo su sabor, profanase
la gentil ciudad de Cádiz, saqueándola durante
muchos días.

El soneto de Cervantes refleja el hondo pesar de su alma heroica, que siempre se conmovió con las grandezas de su patria, y halló acentos magníficos para celebrarlas. Encierra, además, transcendental sentido. Acaso nuestras desventuras procedan, en gran parte, de que en España fracasan las empresas y quedan á salvo los hombres incapaces que á su cargo las tuvieron, y *en potencia propinqua* de causar mayores daños.

Y, sin más comento, he aquí el soneto de Cervantes:

Vimos en Julio otra semana santa
atestada de ciertas cofradías
que los soldados llaman compañías
de quien el vulgo, y no el inglés se espanta.

Hubo de plumas muchedumbre tanta
que en menos de catorce ó quince días
volaron sus pigmeos y Golías,
y cayó su edificio por la planta.

Bramó el becerro, y púsoles en sarta,
tronó la tierra, oscurecióse el cielo
amenazando una total rüina;

*Y al cabo en Cádiz, con mesura harta,
ido ya el Conde sin ningún recelo,
triunfando entró el gran duque de Medina.*

En el archivo del conde de Altamira se halló una Epístola, en tercetos, dirigida á Mateo Vázquez, secretario de Felipe II, que contiene una autobiografía de Cervantes, que refiere, desde su cautividad de Argel, sus peregrinaciones y des-

venturas, la batalla de Lepanto, á la que tanto se preció siempre de haber asistido, y concluye con una valiente súplica al Rey para que se decida á emprender la conquista de aquel nido de piratas, dando libertad á tantos cautivos.

La atribución de esta Epístola á Cervantes es indudable. La mayor parte de los tercetos que contiene los trasladó más tarde á su comedia *Los tratos de Argel*.

Dice así la Epístola, suprimidos los elogios á Mateo Vázquez, que están en su comienzo:

Y en la esquiva prisión amarga y dura
adonde agora quedo, estoy llorando
mi corta infelicísima ventura,

con quejas tierra y cielo importunando,
con suspiros el aire escureciendo,
con lágrimas el mar acrescentando.

Vida es esta, Señor, do estoy muriendo
entre bárbara gente descreida,
la mal lograda juventud perdiendo.

No fué la causa aquí de mi venida
andar vagando por el mundo acaso
con la vergüenza y la razón perdida.

Diez años há que tiendo y mudo el paso
en servicio del gran Filipo nuestro,
ya con descanso, ya cansado y laso.

Y en el dichoso día que siniestro
tanto fué el hado á la enemiga armada,
cuanto á la nuestra favorable y diestro,
de temor y de esfuerzo acompañada
presente estuvo mi persona al hecho,
más de esperanza que de hierro armada.

Vi el formado escuadrón roto y deshecho,
y de bárbara gente, y de cristiana,
rojo en mil partes de Neptuno el lecho;
la muerte airada, con su furia insana,
aquí y allí con priesa discurriendo,
mostrándose á quien tarda, á quien temprana;
el son confuso, el espantable estruendo,
los gestos de los tristes miserables
que entre el fuego y el agua iban muriendo;

los profundos suspiros miserables
que los heridos pechos despedían,
maldiciendo sus hados detestables.

Helóseles la sangre que tenían
cuando en el son de la trompeta nuestra
su daño y nuestra gloria conocían.

Con alta voz, de vencedora muestra,
rompiendo el aire claro, el son mostraba
ser vencedora la cristiana diestra.

A esta dulce sazón, yo triste estaba
con la una mano de la espada asida,
y sangre de la otra derramaba;

el pecho mío, de profunda herida
sentía llagado, y la siniestra mano
estaba, por mil partes, ya rompida.

Pero el contento fué tan soberano
que á mi alma llegó, viendo vencido
el crudo pueblo infiel por el cristiano,

que no echaba de ver si estaba herido
aunque era tan mortal mi sentimiento
que á veces me quitó todo el sentido;

y en mi propia cabeza el escarmiento
no me pudo estorbar que el segundo año
no me pusiese á discreción del viento;

y al bárbaro y medroso pueblo extraño
vi recogido, triste, amedrentado,

y con causa temiendo de su daño;
y al Reino tan antiguo y celebrado,
á do la hermosa Dido fué rendida,
al querer del Troyano desterrado,
también vertiendo sangre aún la herida
mayor, con otras dos quise hallarme,
por ver ir la morisma de vencida.

¡Dios sabe si quisiera allí quedarme
con los que allí quedaron esforzados,
y perderme con ellos ó ganarme!

Pero mis cortos implacables hados,
en tan honrosa empresa no quisieron
que acabase la vida y los cuidados.

Y al fin por los cabellos me trujeron
á ser vencido por la valentía
de aquellos que después no la tuvieron.

En la galera *Sol*, que escurecía
mi ventura su luz, á pesar mío,
fué la pérdida de otros y la mía.

Valor mostramos al principio y brío;
pero después, con la experiencia amarga,
conocimos ser todo desvarío.

Sentí de ajeno yugo la gran carga;
y en las manos sacrílegas malditas
dos años há que mi dolor se alarga.

Bien sé que mis maldades infinitas
y la poca atrición que en mí se encierra
me tiene entre estos falsos Ismaelitas.

Cuando llegué vencido y vi la tierra
tan nombrada en el mundo, que en su seno
tantos piratas cubre, acoge y cierra,

no pude al llanto detener el freno,
que á mi despecho, sin saber lo que era,
me vi el marchito rostro de agua lleno.

Ofrecióse á mis ojos la ribera

y el monte donde el grande Carlos tuvo
levantada en el aire su bandera;

y el mar que tanto esfuerzo no sostuvo,
pues, movido de envidia de su gloria,
airado entonces más que nunca estuvo.

Estas cosas volviendo en mi memoria
las lágrimas trujeron á los ojos,
movidas de desgracia tan notoria.

Pero si el alto cielo, en darme enojos
no está con mi ventura conjurado,
y aquí no lleva muerte mis despojos,

cuando me vea en más alegre estado,
si vuestra intercesión, Señor, me ayuda
á verme ante Filipo arrodillado,

mi lengua balbuciente y cuasi muda
pienso mover en la real presencia,
de adulación y de mentir desnuda,

diciendo: «Alto Señor, cuya potencia
sujetas trae mil bárbaras naciones
al desabrido yugo de obediencia;

»á quien los negros indios, con sus dones,
reconocen honesto vasallaje,
trayendo el oro acá de sus rincones:

»despierte en tu real pecho el gran coraje;
la gran soberbia con que una vil oca
aspira de continuo á hacerte ultraje.

»La gente es mucha, más su fuerza es poca,
desnuda, mal armada, que no tiene,
en su defensa, fuerte, muro ó roca.

»Cada uno mira si tu armada viene
para dar á sus pies el cargo y cura
de conservar la vida que sostiene.

»De la amarga prisión, triste y oscura,
adonde mueren veinte mil cristianos,
tienes la llave de su cerradura.

»Todos, cual yo, de allá puestas las manos,
las rodillas por tierra, sollozando,
cercados de tormentos inhumanos,

»valeroso Señor, te están rogando
vuelvas los ojos de misericordia
á los suyos que están siempre llorando.

»Y pues te deja agora la discordia,
que hasta aquí te ha oprimido y fatigado,
y gozas de pacífica concordia,

»haz, ¡oh, buen Rey!, que sea por tí acabado
lo que con tanta audacia y valor tanto
fué por tu amado padre comenzado.

»Sólo el pensar que vas, pondrá un espanto
en la enemiga gente, que adevino
ya desde aquí su pérdida y quebranto.»

¿Quién dubda que el Real pecho benino
no se muestre escuchando la tristeza
en que están estos míseros continuo?

Bien parece que nuestro la flaqueza
de mi tan torpe ingenio, que pretende
hablar tan bajo ante tan alta alteza;

pero el justo deseo la defiende ...
mas á todo silencio poner quiero,
que temo que mi pluma ya os ofende,
y al trabajo me llaman donde muero.

En el teatro de Cervantes merece citarse el si-
guiente romance, que dice Alimuzel en *El gallardo
español*:

«Escuchadme los de Orán,
caballeros y soldados,
que firmáis con nuestra sangre
vuestros hechos señalados:
Alizumel soy, un moro
de aquellos que son llamados

galanes de Meliona,
tan valientes como hidalgos.
No me trae aquí Mahoma
á averiguar en el campo
si su secta es buena ó mala,
que él tiene de eso cuidado;
tráeme otro dios más brioso,
que es tan soberbio y tan manso,
que ya parece cordero,
y ya leon irritado;
y este dios que así me impele,
es de una mora vasallo,
que es reina de la hermosura,
de quien soy humilde esclavo;
no quiero decir que hiendo,
que destrozo, parto ó rajo;
que animoso, y no arrogante,
es el buen enamorado.
Amo, en fin, y he dicho mucho
en sólo decir que amo,
para daros á entender
que puedo estimarme en algo.
Pero, sea yo quien fuere,
basta que me muestro armado
ante estos soberbios muros,
de tantos buenos guardados;
que si no es señal de loco,
será indicio de que he dado
palabra, que he de cumplilla,
ó quedar muerto en el campo;
y así á tí te desafío,
Don Fernando el fuerte, el bravo,
tan infamia de los moros
cuanto prez de los cristianos.
Bien se verá en lo que he dicho,

que aunque haya otros Fernandos,
es aquel de Saavedra
á quien á batalla llamo.
Tu fama, que no se encierra
en límites, ha llegado
á los oídos de Arlaja,
de la belleza milagro.
Quiere verte, mas no muerto,
sino preso, y hame dado
el asunto de prenderte,
mira si es pequeño el cargo.
Yo prometí de hacello,
porque el que está enamorado
los más arduos imposibles
facilita y hace llanos.
Y para darte ocasión
de que salgas mano á mano
á verte conmigo agora,
de estas cosas te hago cargo:
que peleas desde lejos;
que el arcabuz es tu amparo;
que en comunidad agujas,
y á solas te vas despacio;
que eres Ulises nocturno,
no Telamón al sol claro;
que nunca mides tu espada
con otra á fuer de hidalgo.
Si no sales, verdad digo;
si sales, quedará llano,
ya vencido ó vencedor,
que tu fama no habla en vano.
Aquí junto á Canastel,
solo te estaré esperando
hasta que mañana el sol
llegue al poniente su carro.

Del que fuere vencedor
ha de ser el otro esclavo:
premio rico y premio honesto.
Ven, que espero, don Fernando.»

En *La entretenida*, se halla un romancillo, lleno de gracia, acerca de las desdichas de las mozas de servir:

«Tristes de las mozas
á quien trujo el cielo
por casas ajenas
á servir á dueños;
que entre mil, no salen
cuatro apenas buenos;
que los más son torpes
y de antojos feos.
Pues ¿qué, si la triste
acierta á dar celos
al ama, que piensa
que le hace tuerto?
Ajenas ofensas
pagan sus cabellos,
oyen sus oídos
siempre vituperios,
parece la casa
un confuso infierno;
que los celos siempre
fueron vocingleros.
La tierna fregona
con silencio y miedo
pasa sus desdichas,
malogra requiebros,
porque jamás llega
á felice puerto
su cargada nave

de malos empleos;
pero, ya que falte
este detrimento,
sobran los del alma,
que no tienen cuento.
«Ven acá, suciona,
¿dónde está el pañuelo?
La escoba te hurtaron
y un plato pequeño.
Buen salario ganas,
dél pagarme pienso,
porque despabiles
los ojos y el seso.
Vas, y nunca vuelves,
y tienes bureo
con Sancho en la calle,
con Mingo y con Pedro.
Eres, en fin, pu,
el *ta* diré quedo,
porque de cristiana
sabes que me precio.»
Otra vez repito
con cansado aliento,
con lágrimas tristes
y suspiros tiernos:
Triste la moza
á quien trujo el cielo
por casas ajenas...

En *El trato de Argel* son notables los tercetos en alabanza de la edad dorada y en lamentación de los daños de la guerra:

¡Oh santa edad, por nuestro mal pasada,
á quien nuestros antiguos le pusieron
el dulce nombre de la edad dorada!

¡Cuán seguros y libres discurrieron
la redondez del suelo los que en ella
la caduca mortal vida vivieron!
No sonaba en los aires la querella
del misero cautivo cuando alzaba
la voz á maldecir su dura estrella;
entonces libertad dulce reinaba,
y el nombre odioso de la servidumbre
en ningunos oídos resonaba.
Pero después que sin razón, sin lumbre,
ciegos de la avaricia, los mortales,
cargados de terrena pesadumbre,
descubrieron los rubios minerales
del oro que en la tierra se escondía,
ocasión principal de nuestros males;
este que menos oro poseía,
envidioso de aquel que con más maña
más riquezas en uno recogía,
sembró la cruda y la mortal zizaña
del robo, de la fraude y del engaño,
del cambio injusto y trato con maraña;
mas con ninguna hizo mayor daño
que con la hambrienta despiadada guerra,
que al natural destruye y al extraño
Esta consume, abrasa, echa por tierra
los reinos, los imperios populosos,
y la paz hermosísima destierra;
y sus fieros ministros, codiciosos
más del rubio metal que de otra cosa,
turban nuestros contentos y reposos,
y en la sangrienta guerra peligrosa,
pudiendo con el filo de la espada
acabar nuestra vida temerosa,
la guardan de prisiones rodeada.

En *La Numancia* se elevó la musa de Cervantes
á las mayores alturas de la inspiración épica.

Sale una doncella significando á España, y dice:

Alto, sereno y espacioso cielo,
que con tus influencias enriqueces
la parte que es mayor deste mi suelo,
y sobre muchos otros le engrandesces:
muévate á compasión mi amargo duelo,
y pues al afligido favoreces,
favoréceme á mí en ánsia tamaña,
que soy la sola desdichada España.

.....

¿Será posible que contino sea
esclava de naciones extranjeras,
y que un pequeño tiempo yo no vea
de libertad tendidas mis banderas?

.....

Sola Numancia es la que sola ha sido,
quien la luciente espada sacó fuera
y á costa de su sangre ha mantenido
la amada libertad suya primera.

Más adelante el río Duero canta las glorias ve-
nideras de España:

Tiempo vendrá, según que así lo entiende
el saber que á Proteo ha dado el cielo,
que esos romanos sean oprimidos
por los que agora tienen abatidos.
De remotas naciones venir veo
gentes que habitarán tu dulce seno

después que, como quiere tu deseo,
habrán á los romanos puesto freno:
godos serán, que con vistoso arreo,
dejando de su fama el mundo lleno,
vendrán á recogerse en tus entrañas,
dando de nuevo vida á tus hazañas.

Estas injurias vengará la mano
del fiero Atila en tiempos venideros,
poniendo al pueblo tan feroz romano
sujeto á obedecer todos sus fueros;
y portillos abriendo en Vaticano
tus bravos hijos y otros extranjeros,
harán que para huir vuelva la planta
el gran piloto de la nave santa.

Y también vendrá tiempo en que se mire
estar blandiendo el español cuchillo
sobre el cuello romano, y que respire
sólo por la bondad de su caudillo.

Es de notar que la fe católica de Cervantes, robusta y sin desmayos, era compatible con la defensa de las prerrogativas de la Corona de España, y consideraba como gloria patria la humillación de Roma por nuestras armas vencedoras.

¡A tiempos hemos llegado en que se ha entibado la fe, y más aún la energía en la defensa del Poder civil!

La descripción de Numancia, dispuesta al estrago y á la ruina, antes que al vencimiento, es magnífica.

Dice *La Hambre*:

Volved los ojos, y veréis ardiendo
de la ciudad los encumbrados techos;

escuchad los suspiros que saliendo
van de mil tristes lastimados pechos;
oid la voz y lamentable estruendo
de bellas damas, á quien, ya deshechos
los tiernos miembros en ceniza y fuego,
no valen padre, amigo, amor ni ruego.
Cual suelen las ovejas descuidadas,
siendo del fiero lobo acometidas,
andar aquí y allí descarriadas,
con temor de perder las simples vidas;
tal niños y mujeres delicadas,
huyendo las espadas homicidas,
andan de calle en calle, ¡oh hado insano!,
su cierta muerte dilatando en vano.

.....
.....

No hay plaza, no hay rincón, no hay calle ó casa
que de sangre ó de muertos no esté llena;
el hierro mata, el duro fuego abrasa,
y el rigor ferocísimo condena:
presto veréis que por el suelo rasa
está la más subida y alta almena,
y las casas y templos más crecidos
en polvo y en ceniza convertidos,
Venid, veréis que en los amados cuellos
de tiernos hijos y mujer querida
Teógenes afile y prueba en ellos
de su espada el cruel corte homicida,
y cómo ya, después de muertos ellos,
estima en poco la cansada vida,
buscando de morir un modo extraño,
que causó, con el suyo, más de un daño.

Pocos han recorrido las páginas de *Los trabajos*

de *Pérsiles y Sigismunda*, obra de elegante y elocuente, pero artificioso estilo, y que ciertamente no admite comparación con el *Quijote*. En ellos, además de dos excelentes sonetos, se encuentra la que estimo como la joya más preciada de la corona poética de Cervantes.

Dice así el primer soneto:

Huye el rigor de la invencible mano,
advertido, y enciérrase en el arca,
de todo el mundo el general monarca
con las reliquias del linaje humano.

El dilatado asilo, el soberano
lugar rompe los fueros de la Parca,
que entonces fiera y licenciosa abarca
cuando alienta y respira el aire vano.

Vense en la excelsa máquina encerrarse
el león y el cordero, y en segura
paz la paloma al fiero halcón unida,

sin ser milagro lo discorde amarse;
que en el común peligro y desventura
la natural inclinación se olvida.

El segundo es en alabanza de Roma:

¡Oh grande, oh poderosa, oh sacrosanta,
alma ciudad de Roma! á ti me inclino,
devoto, humilde y nuevo peregrino,
á quien admira ver belleza tanta.

Tu vista, que á tu fama se adelanta,
al ingenio suspende, aunque divino,
de aquel que á verte y adorarte vino
con tierno afecto y con desnuda planta.

La tierra de tu suelo, que contemplo

con la sangre de mártires mezclada,
es la reliquia universal del suelo.

No hay parte en ti que no sirva de ejemplo
de santidad, así como trazada
de la ciudad de Dios al gran modelo.

Siempre fué la devoción á la Virgen sentimiento poderoso y popular en España. En fiesta celebrada recientemente en Sevilla para conmemorar el quincuagésimo aniversario de la definición dogmática del misterio de la Inmaculada, dijo Menéndez y Pelayo «que este dogma, aclamado por la voz de las muchedumbres en una especie de universal sufragio, se levantó sobre el tumulto de las escuelas teológicas y avasalló, en un arranque espontáneo y magnífico, la conciencia de la Nación entera».

Muchos ignoran que D. Leandro Fernández de Moratín, á pesar de su fama de volteriano y de las regocijadas notas al auto de *Las brujas de Logroño*, encontró inspirados acentos para cantar á la Madre de Dios en la oda á la Virgen de Lendinara, y en la titulada *La Anunciación*. Y no solamente en un raptó poético, sino en prosa y sosegadamente, en las notas de sus versos escribió, con sinceridad que no puede ponerse en duda, estas palabras: «Una mujer, la más perfecta de las criaturas; la más inmediata al Trono de Dios; mediana entre Él y la naturaleza humana; Madre amorosa; a nparó y es_ eranza nuestra, ¿qué objeto

se hallará más digno de la lira y el canto? La Grecia, demasiado sensual en sus ficciones halagüeñas, no supo inventar deidad tan poderosa, tan bella, tan pura, tan merecedora de la reverencia y el amor de los hombres».

El alma grande de Cervantes, al encontrarse dentro de la corriente de la devoción á la Virgen Santísima, vibró con acentos correspondientes á la grandeza de su objeto.

Los peregrinos del Pérsiles, «apenas hubieron puesto los pies en una de las dos entradas que guían al valle que forman y cierran las altísimas sierras de Guadalupe, cuando con cada paso que daban nacían en sus corazones nuevas ocasiones de admirarse; pero allí llegó la admiración á su punto cuando vieron el grande y suntuoso monasterio, cuyas murallas encierran *la santísima imagen* de la Emperatriz de los Cielos; *la santísima imagen*, otra vez, que es libertad de los cautivos, lima de sus hierros y alivio de sus prisiones; *la santísima imagen*, que es salud de las enfermedades, consuelo de los afligidos, madre de los huérfanos y reparo de las desgracias».

Ante esta imagen cantó Feliciano de la Voz unas octavas reales, que juzgará cual joya inestimable de nuestro Parnaso quien no sea enteramente insensible á los encantos de la poesía:

Antes que de la mente eterna fuera
saliesen los espíritus alados,

y antes de que la veloz ó tarda esfera
tuviese movimientos señalados,
y antes que aquella escuridad primera
los cabellos del sol viese dorados,
fabricó para sí Dios una casa
de santísima, limpia y pura masa.

Los altos y fortísimos cimientos
sobre humildad profunda se fundaron,
y mientras más á la humildad atentos,
más la fábrica Regia levantaron;
pasó la tierra, pasó el mar, los vientos
atrás, como más bajos, se quedaron;
el fuego pasa, y con igual fortuna
debajo de sus pies tiene la luna.

De fe son los pilares, de esperanza
los muros: esta fábrica bendita
ciñe la caridad, por quien se alcanza
duración, como Dios, siempre infinita:
su recreo se aumenta en su templanza,
su prudencia los grados facilita
del bien que ha de gozar, por la grandeza
de su mucha justicia y fortaleza.

Adornan este alcázar soberano
profundos pozos, perenales fuentes,
huertos cerrados, cuyo fruto sano
es bendición y gloria de las gentes.
Están á la siniestra y diestra mano
cipreses altos, palmas eminentes,
altos cedros, clarísimos espejos,
que dan lumbre de gracia cerca y lejos.

El cinamomo, el plátano y la rosa
de Hiericó se halla en sus jardines,
con aquella color, y aun más hermosa,
de los más abrasados querubines;

del pecado la sombra tenebrosa
ni llega ni se acerca á sus confines:
todo es luz, todo es gloria, todo es cielo,
este edificio que hoy se muestra al suelo.

De Salomón el templo se nos muestra
hoy con la perfección á Dios posible,
donde no se oyó golpe que la diestra
mano diese á la obra conveniente:
hoy haciendo de sí gloriosa muestra,
salió la luz del sol inaccesible;
hoy nuevo resplandor ha dado al día
la clarísima estrella de María.

Antes que el sol, la estrella hoy da su lumbré,
prodigiosa señal, pero tan buena,
que sin guardar de agüeros la costumbre,
deja el alma de gozo y bienes llena:
hoy la humildad se vió puesta en la cumbre,
hoy comenzó á romperse la cadena
del hierro antiguo, y sale al mundo aquella
prudentísima Ester, que el sol más bella.

Niña de Dios, por nuestro bien nacida,
tierna, pero tan fuerte, que la frente,
en soberbia maldad endurecida,
quebrado habéis de la infernal serpiente;
brinco de Dios, de nuestra muerte vida,
pues vos fuisteis el medio conveniente
que redujo á pacífica concordia
de Dios y el hombre la mortal discordia.

La justicia y la paz hoy se han juntado
en vos, Virgen Santísima, y con gusto
el dulce beso de la paz se han dado,
arra y señal del venidero Augusto:
del claro amanecer, del sol sagrado
sois la primera aurora, sois del justo

gloria, del pecador firme esperanza,
de la borrasca antigua la bonanza.

Sois la paloma que abeterno fuisteis
llamada desde el cielo; sois la esposa
que al sacro Verbo limpia carne distes,
por quien de Adán la culpa fué dichosa;
sois el brazo de Dios, que detuvistes
de Abraham la cuchilla rigurosa,
y para el sacrificio verdadero
nos distes el mansísimo Cordero.

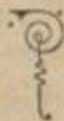
Creced, hermosa planta, y dad el fruto
presto en sazón, por quien el alma espera
cambiar en ropa rozagante el luto
que la gran culpa le vistió primera:
de aquel inmenso y general tributo
la paga conveniente y verdadera
en vos se ha de fraguar: creced, Señora,
que sois universal remediadora.

Ya en las empíreas sacrosantas salas
el paraninfo aligero se apresta,
ó casi mueve las doradas alas,
para venir con la embajada honesta;
que el olor de virtud que de ti exhalas,
Virgen bendita, sirve de recuesta
y apremio á que se vea en ti muy presto
del gran poder de Dios echado el resto.

Creo haber demostrado cumplidamente que es
errada la opinión que niega á Cervantes el título
de altísimo poeta. Dios le concedió con larga mano
el don inestimable de la poesía, no en el sentido
vago y general en que se aplica á la prosa, sino en
su propio y genuino sentido, como don de revelar

la belleza por medio de la palabra sujeta á la medida y cadencia, como dueño de los secretos y encantos del ritmo y de la rima, que por misterioso poder conmueven el alma humana y aciertan á expresar lo que en la prosa más poética es absolutamente inefable.

Acabóse de imprimir este libro, en la Imprenta de la Revista de Legislación, á cargo de Bernardo Millán, el día 27 de Marzo de 1905.





Esta obra se vende en las principales librerías, y en casa del autor, Goya, 4, 1.º, al precio de una peseta.

OBRA DEL MISMO AUTOR

Ensayos de Política y Administración.—Precio: 3 pesetas.

EN COLABORACIÓN

El Derecho penal estudiado en principios y en la legislación vigente en España, por *D. Luis Silvela*; 2.ª edición, corregida y aumentada por el autor y por *D. Eugenio Silvela*.—Precio: 24 pesetas.